

a debate *Uso y abuso de las herramientas digitales en educación patrimonial*

| coordinan Alex Ibañez-Etxeberria y Ursula Luna

Educación patrimonial, digitalización y museos en la era del tecnofeudalismo: un enfoque crítico

Jesús Fernández Fernández | La Ponte-Centro de Investigación y Ecomuseo

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5780>



NASA SOLVE Challenge Event | foto GPA Photo Archive

La digitalización en los museos y en los entornos donde se aplican diferentes estrategias de educación patrimonial (no formal e informal) es una tendencia casi generalizada, aunque el uso de estas tecnologías se implementa, en muchos casos, de forma acrítica y sin una reflexión profunda sobre sus implicaciones. Simplemente, se sigue la corriente. En este texto breve, comparto algunas ideas y conceptos acerca de todo ello, con el propósito de contribuir modestamente a este necesario debate colectivo.

Aceleración

Vivimos inmersos en una inercia tecnológica acelerada que no es casual: los procesos de digitalización rápida benefician a las grandes corporaciones que los lideran, mediante la monetización de datos, la obsolescencia programada y la venta de *software*, por ejemplo. Les interesa que sea así, y van a toda máquina. Más velocidad significa menos capacidad de control por parte de usuarios, asociaciones de consumidores o administraciones públicas. Así, estas prácticas consolidan su control y su poder,

mediante la creación de ciclos de consumo continuos, completamente desregulados. Como señala S. Zuboff (2019), la expansión de las tecnologías y la recopilación masiva de datos se ha convertido en una nueva forma de control social y económico, sustentando lo que ella denomina el “capitalismo de la vigilancia”, dirigido por unos actores poderosos, a los que, entre otras cosas, molestan cada vez más los incómodos procedimientos de la burocracia estatal, y por ende, de la democracia misma que los sustenta. Ejemplifican bien todo esto casos como el de Cambridge Analytica en la campaña del Brexit, la venta poco ética de datos por parte de Facebook a esta misma empresa, o el más reciente de Elon Musk, utilizando la red X (la antigua Twitter) como plataforma desde la que apoyar, sin tapujos, al candidato republicano, sus falacias y *fake news*, con el objetivo -alcanzado- de controlar el poder político, del Estado y sus instituciones (entre ellas las educativas, que pasarán a estar a cargo de una antigua empresaria de la lucha libre) en favor de su interés corporativo. No nos ha dado tiempo a reflexionar apenas sobre todo esto, pero ya lo han hecho.

Tecnofeudalismo

Este control de plataformas digitales, datos personales y redes de información va conformado un sistema denominado por Varoufakis (2024) “tecnofeudalismo”, impulsado por la privatización de Internet, la respuesta económica a la crisis de 2008 y la proliferación del teletrabajo tras la pandemia del COVID-19. Las grandes corporaciones tecnológicas operan como auténticos “señores feudales”, acumulando poder al controlar los ecosistemas digitales que utilizamos diariamente. Los usuarios, tanto desolladores como particulares, somos sus “siervos”, gravados con distintos tipos de rentas por utilizarlas. Y todo ello se nutre de nuestra atención, de su explotación. Más tiempo interactuando con sus interfaces, son más datos, y más renta. Este proceso nos impacta doblemente. Por un lado en nuestros estándares de vida, salud mental y social, con consecuencias aún por valorar en su justa dimensión; solo estamos viendo la punta del iceberg. Por otro, como ya vimos, el tecnofeudalismo apoya el tipo de poder político que le conviene, que es uno cada vez menos democrático. Mientras regalamos

información, opiniones y contenido, contribuimos a fortalecer un sistema que parece estar diseñado para restringir nuestras libertades, que mediante la explotación de nuestra atención nos convierte en mano de obra servil. Así, la tecnología no trabaja para nosotros, sino nosotros para ella. Y gratis.

Solucionismo tecnológico

Todo esto no se sostendría sin un auténtico acto de fe. Sin la confianza, casi ciega y sin filtro, en una tecnología basada en “aparatos”, como respuesta a nuestros dilemas, conflictos y desafíos. Autores como E. Morozov (2015) han advertido sobre los peligros de esta suerte de “solucionismo tecnológico”, fundamentado en la idea de que por sí solo puede resolver problemas sociales, culturales y políticos complejos. Lo hemos visto recientemente con el uso de la IA: primero vino la innovación y después surgieron las controversias éticas y legales, ¿no habría sido más lógico el proceso inverso? Así funciona la trampa del solucionismo tecnológico; la reducción de los desafíos humanos a datos, cifras, algoritmos, placas base y negocio, olvidando por el camino a la filosofía, las humanidades y las artes, las formas de conocimiento mejor dotadas para entenderlos, abordarlos y visibilizarlos.

En resumen, prisa y solucionismo tecnológico sin masa crítica. Es una mala mezcla.

¿Qué hacemos en los museos?

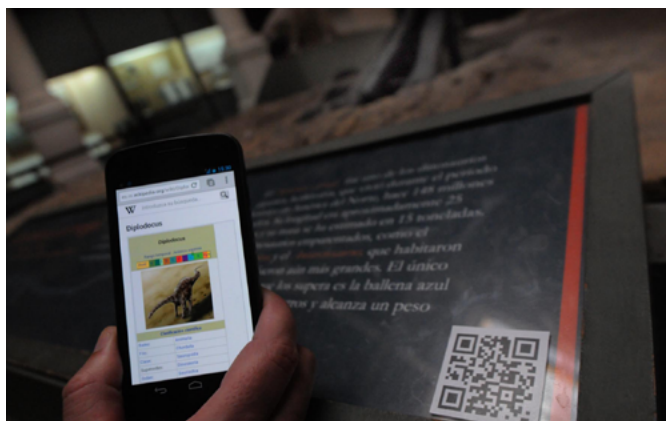
Con este problema sobre la mesa, podremos entender que la digitalización de la cultura y la educación no es simplemente una cuestión de incorporar más aparatos al aula o al museo, o de garantizar los derechos culturales por estas vías, sino también de cómo fomentamos, apoyamos y reforzamos, a través de nuestros equipamientos, programas y sistemas de gestión, unas inercias, usos y estructuras de control, beneficio y poder que se están volviendo tremendamente insalubres y antidemocráticas. Creo que nuestra obligación debería ser, más que fomentarla, liberar al usuario de esta explotación de la atención a la que está sometido. Cuidar la salud mental colectiva y no agravarla. El pensamiento crítico no puede florecer en medio del despiste y es, más que

a debate *Uso y abuso de las herramientas digitales en educación patrimonial*

| coordinan Alex Ibañez-Etxeberria y Ursula Luna



Niños de la Unidad Educativa Particular "San Gerardo" visitan museo | foto Universidad Técnica Particular de Loja



Implementación de QRpedia en el Museo de La Plata | foto Patricio Iorente

nunca, necesario para salir de este atolladero. Cuando implementamos herramientas digitales en el ámbito educativo y cultural, como los códigos QR, las aplicaciones móviles o la realidad aumentada, a pesar de que parecen vehículos *a priori* inofensivos de esta transformación, debemos tener todo esto presente. El asunto merece una reflexión y una respuesta crítica más allá de la creencia irracional en los evangelios de Silicon Valley.

Al final, los grandes desafíos de la educación en España son los de siempre: las desigualdades socioeconómicas del alumnado, el abandono escolar temprano, la precariedad de la financiación educativa y del profesorado,

entre otros. Y todo lo que hagamos desde la educación patrimonial para abordarlos será una contribución valiosa, con o sin tecnología mediante. Pero no olvidemos el necesario enfoque holístico de todo esto, priorizando siempre la pertinencia de los procesos y los aprendizajes significativos. Es decir, la calidad educativa primero, los “cacharros” después, y solo si procede. Y, por supuesto, necesitamos hacer una valoración ponderada del impacto que todo esto tiene, sobre todo en la población más joven, porque muchos programas de digitalización carecen de políticas sistemáticas para evaluar y dar seguimiento a la implementación de estas tecnologías en entornos educativos, lo que limita su efectividad y agrava algunos de los problemas ya expuestos. Creo, en definitiva, que en muchos de estos procesos, tanto en la educación formal como en la no formal y patrimonial, no hay una verdadera innovación y mejora de la práctica pedagógica; simplemente se añade una interfaz tecnológica a un flujo de enseñanza-aprendizaje, muchas veces obsoleto y nada transformador.

Desacelerar

Lo mejor que podemos hacer por un usuario de nuestros equipamientos es que se olvide de su teléfono móvil durante una o dos horas, que interactúe mediante técnicas convencionales de interpretación del patrimonio, y que disfrute de estos procesos lentos, analógicos y artesanales de comunicación. En definitiva, el camino revolucionario hoy es plantear una verdadera resistencia a estas dinámicas compulsivas de servidumbre digital, o al menos, una resistencia crítica y fundamentada. Creo que corresponde empezar a hablar de “procesos lentos de digitalización” o “desaceleración” de los mismos, con instrumentos de evaluación eficaces y herramientas reflexivas que verdaderamente demuestren la utilidad y el beneficio que todo esto tiene para nuestras comunidades. Y por beneficio no me refiero al inmediato, sino al medio y largo plazo. Si lo hiciésemos así, estoy seguro de que muchas de estas interfaces desaparecerían en gran parte de los espacios de educación patrimonial para ser sustituidas por formas de comunicación e interacción de proximidad, cercanas, empáticas, humanas y de mejor calidad.

A diferencia de la sociedad medieval, nosotros podemos y debemos tener horizontes utópicos que nos permitan desenmascarar, combatir y plantear alternativas a estas nuevas formas de tiranía. Los museos no estamos para contemplar el mundo, ni para aceptarlo tal cual es; estamos para transformarlo. Y el museo que no tenga clara esa misión, más que un museo, será un almacén de objetos. Una cacharrería. Pronto también de esa cultura material digital obsoleta, de la basura del tecnofeudalismo.

En fin, procuremos que la tecnología trabaje para nosotros, al servicio de la educación, también la patrimonial, y no al revés.

BIBLIOGRAFÍA

- Morozov, E. (2015) *La locura del solucionismo tecnológico*. Madrid: Katz Editores
- Varoufakis, Y. (2024) *Tecnofeudalismo. El sigiloso sucesor del capitalismo*. Bilbao: Deusto
- Zuboff, S. (2019) *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. New York: PublicAffairs